

mana, del alma, del corazón, allí donde se instalan la conciencia y los sentimientos, las acciones, lo que somos capaces de hacer. Y finalmente, cuando cerramos el libro, la certeza de que el destino es inevitable. A lo largo de la historia vemos cómo los dos protagonistas luchan por desahorsarse de las convenciones que los traban, cómo intentan tomar caminos alternativos a aquellos que sus orígenes les marcan, y cómo precisamente por esos senderos encuentran su verdadero sino, cual víctimas de una

confabulación extraordinaria. Tras la escapada, la rebeldía, la locura incluso, solo queda la claudicación y la conformidad. Quizá porque desde el principio solo huían de ellos mismos.

Una joya, tanto por la cuidada y exquisita edición de *Impedimenta* como por ser uno de los mayores logros literarios del pasado siglo.
—CRISTINA DAVÓ RUBÍ.

Iris Murdoch, *Henry y Cato*, traducción de Luis Lasse, Madrid, *Impedimenta*, 2013.

Bienvenidos al hotel Wallace

LA recepción crítica de la obra de David Foster Wallace en España es un caso de anacronía hermenéutica. Reseñar hoy *La escoba del sistema* como una «novedad» contraviene las leyes de la linealidad interpretativa y obliga a narrativizar la producción literaria de Wallace en una analepsis analítica que no solo altera la secuencia cronológica, sino que desbarata la cómoda y tradicional lectura causa-efecto y de acumulación y/o superación de criterios y técnicas. El lector (en) español de DFW, que ya había pasado por los ensayos y opiniones, por los relatos, por las novelas editadas, inéditas, infinitas, pálidas y póstumas, llega ahora al origen de todo, al *big bang* creativo de una propuesta narrativa, estética, filosófica y vital cuyo alcance aún no

atisbamos a divisar. Porque, claro, cuando despertamos, *La escoba del sistema* ya estaba allí. La época —1987— en la que Wallace clamaba en el desierto: «La narrativa o mueve montañas o es aburrida; o mueve montañas o se sienta sobre su propio culo».

Novela escrita entre 1984 y 1985 como tesis en el Amherst College, *La escoba del sistema* queda definida por su jovencísimo autor en la primera carta (escrita a máquina, firmada en mayúsculas: Wallace siempre parece escribir en mayúsculas) dirigida a su futuro agente literario, Fred Hill: «He sido informado por personas entendidas de que (...) no es solamente entretenida y vendible, sino verdaderamente buena». Entretenida, vendible, verdaderamente buena. No es hora ya, lo sabemos ha-

ce tiempo, de sacralizar la opinión que sobre su obra tiene el autor (esté muerto, como decía Barthes o esté de parranda, como rumbeaba Peret en *El muerto vivo*). Pero sí llama la atención cómo publicita Wallace su primera novela, qué atributos le concede, cómo conjuga criterios estéticos o intrínsecos difícilmente mensurables por su indefinición esencialista («verdaderamente buena») con otros criterios («entretenida», «vendible») que parecen aplicarse mejor a otros productos culturales: el mercado, ya se sabe. Pero así era el joven Wallace. Alguien a quien nos imaginábamos –ahora lo sabemos por su biografía– debatiéndose entre la ficción y la investigación, entre la novela y la filosofía, entre la creación y la lógica matemática; alguien excesivo en todo, en los argumentos y en la sintaxis, en la interiorización y en el mundo (y en los demonios y en la carne); alguien obsesivo con el lenguaje y que puso palabras a las obsesiones; alguien fascinado por las imágenes, náufrago ante el televisor, deudor de la publicidad, devoto del consumo y de las conspiraciones, clásico, moderno, técnicamente superdotado, *wonder boy*. Y todo ello está en *La escoba del sistema*. La imaginación apabullante, inmoderada, deslumbrante. El estrafalario elenco de personajes, con sus nombres alusivos: Proctor, Biff Diggerence, Metalman, Sealander, Spaniard, Vigorous, Splitstoesser, Neil Obstat, Foamwhistle, Bombardini, la cacatúa Vlad el Empalador (pajarraco malhablado y soez convertido en vocero de Dios). El inaudito muestrario de

espacios abiertos y cerrados: el Gran Ohio Desértico –GOD– creado artificialmente; la centralita telefónica siempre al borde del colapso, siempre confundiendo las llamadas; la residencia de donde escapan los ancianos encabezados por la siempre presente y siempre ausente bisabuela Lenore: mismo nombre, misma búsqueda. La entrópica amalgama de relatos adictivos (de adictos, sobre adicciones, adictivos para el lector), directos (a veces sin que sepamos quién es el autor), indirectos (las delirantes conversaciones con el psiquiatra, aún más desquiciado que sus pacientes), intercalados (Rick se justifica, se reivindica, contando historias, y así trata de anular su impotencia sexual: moderna Sherezade, si sigue contando historias en la cama, en el coche, en el desierto, no morirá, o impedirá que su chica se vaya con otro). La búsqueda de la abuela Lenore es un gigantesco *macguffin* que nos trae y nos lleva por la filosofía de Wittgenstein, por la compleja sacralización del *marketing*, por las endemoniadas relaciones familiares (la figura paterna, el hermano Anticristo), por la casualidad extrema travestida en lógica lúdica. Como si Pynchon hubiera decidido crear una opereta bufa y demostrar que conoce todas, todas, todas, las técnicas narrativas descubiertas hasta el momento. Una macedonia de frutas que cuando amenaza con empalagar con el almíbar, se rebaja con un toque de licor que raspa en la garganta.

Es imposible leer *ahora La escoba del sistema* sin hacer proyecciones de futuro que, paradójicamente, ya he-

mos visto cumplidas. Al leer esta novela, intuimos que aquí estaba todo Wallace. Estaba todo, pero faltaba mucho. Él mismo dijo en 1987: «El camino es largo y duro. Escribir es lento y difícil. Tengo la esperanza de que nada de lo que he hecho hasta ahora me impida seguir mejorando.

Esperemos no tener cincuenta y cinco años y estar haciendo lo mismo». No hay moraleja en esta historia. —JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ.

David Foster Wallace, *La escoba del sistema*, traducción de José Luis Amores, Málaga, Pálido Fuego, 2013.

El nacimiento de una novela puente

EL lector se adentra en la sorprendente epopeya posmoderna del tercer milenio que aborda *Nacimiento de un puente* con variados motivos de aliento. Dos premios importantes, el Médicis y el Franz Hessel, acompañan a esta narración de la incipiente promesa francesa Maylis de Kerangal. Nacida en 1967 en Toulon, cuenta ya con tres novelas y un libro de relatos publicados. La que comentamos constituye su quinta entrega, vio la luz en 2010, y acaba de ser traducida con buen hacer por Jaime Zulaika. Transcurridas pocas páginas, se hace evidente que Kerangal ha asumido riesgos. Se inventa una ciudad, una provinciana y poliédrica Coca situada en la vasta California, no lejos del mar y cruzada por un ancho y limoso río que la divide en realidad en dos, la así llamada y Edgefront, una suerte de barrio de la primera. Además, esa urbe imaginaria resume la

reciente historia de América: cerca está el bosque, los indios, pero su base social es la descendencia colonial. Enseguida conocemos a un político que ha obtenido el beneplácito municipal en fecha reciente —estamos en 2007: John Johnson, apodado expresivamente el Boa, quiere pasar a la historia deslumbrando a sus electores y convirtiendo la borrosa Coca en un hito mundial. Ha visitado Dubái, y lo que ha descubierto produce en él una catarsis que ya no le abandonará: «Lo que tiene ante los ojos es un espacio dominado, un espacio, piensa, donde el dominio se combina con la audacia, y en esto reside el sello del poder» (p. 48). De ahí surge la idea de construir un puente gigantesco, ultramoderno, una obra faraónica digna de los tiempos nuevos que transformará la ciudad sacándola definitivamente de su economía estancada, de los viejos mitos nacionales que la encadenan,